

Bogotá, Marzo / 82.

Con inmensa

Con inmensa emoción transcribo las "memorias" de mi querida BLANCA, cuyos manuscritos fueron encontrados entre sus pertenencias. En ellas se puede apreciar su inteligencia, gran memoria y toda la ternura y sencillez, características de su vida y con las cuales endulzó no solo la vida de su esposo e hijos, sino la de sus familiares y numerosas amistades que cultivó y amó con toda sinceridad. Como puede notarse, el relato abarca desde su niñez transcurrida en San Antonio (Tolima) hasta cuando fuimos trasladados a Puerto Leguizamo en el año de 1950.

Debido al deterioro del original se omitieron varias frases o palabras.

"MEMORIAS"

En las serranías, de la cordillera de Calarma existe un pueblecito en el Tolima que se llama San Antonio de Calarma, denominado por los Chaparralunos, San Antonio de los Picos. Esta simpática población se vio azotada por la violencia desde el año de 1930, cuando subió al poder el Dr. Enrique Olaya Herrera y ganaron por vez primera las elecciones los liberales. Este pueblo que era netamente conservador sufrió un rude golpe del cual solo vino a resarcirse en el año de 1948 cuando volvió al poder el partido conservador. Entonces vino el dulce desquite y sacaron a todas las familias liberales quienes en su mayoría se establecieron en Chaparral, Ibagué y el Valle del Cauca.

Lindas haciendas forman parte del municipio de San Antonio y en la de San Jorge cuyo nombre puso mi padre-----

tuve nueve hermanos y una hermana a quien conocí cuando tenía cinco años. Mi padre me hablaba mucho de mi hermanita Quica, quien se hallaba estudiando en Bogotá. Yo llena de ilusiones esperaba el regreso de mi hermana para tener con quien jugar. Al fin se llegó el esperado día del regreso de mi hermanita. Papá viajó a la capital a traerla y con mamá y el resto de mis hermanos salimos a encontrarlos a donde mi tía abuela Hercilia de Galindo. Vagamente recuerdo como era la casa de mi tía: un ranchón pequeño a orillas del camino que va de San Antonio a Chaparral. Esa finca llamaba Las Quebradas. Recuerdo que después de almorzar fuimos a una linda quebrada
antes

de aguas cristalinas y fría a bañarnos. Cuando regresamos nos dieron un delicioso almuerzo. Mi tía como todas las hermanas de mi abuelita Tatica era muy buena moza. Descendientes de raza antioqueña, eran muy blancas, esbeltas, de pelo y ojos muy negros. A mi las que me parecieron más bonitas, fueron tía Hercilia, tía Visitación y abuelita quién tenía los ojos verdes y era muy rezandera y buena.

Como a eso de las cuatro de la tarde llegó mi papá con Quica y cual no sería mi sorpresa al ver que en vez de la niña que yo esperaba llegó una linda jovencita, que lucía un elegante vestido para montar, blanco, de piqué, una pastora verde atada con una ancha cinta habana y guantes blancos, cosa que me llamó poderosamente la atención pues por vez primera se los veía usar a una persona. Creo que no le hice muy buena cara pero se arregló cuando al llegar a San Antonio y abrir las petacas me entregó un lindo muñeco, unos vestidos y dulces.

En casa se recibieron continuas visitas y todos decían que la niña de Dn. Fermín era muy bonita. Luego comenzaron las serenatas y yo corría para la cama de Quica. Recuerdo que a ella se le enfriaban mucho los pies y era feliz arrimándomelos pues yo vivía siempre calentica y ella me decía por eso "pichoncita". Por eso creo que de ahí me puso papá "Pichis" y así me llamaban todos en casa, menos abuelita y mamá.

Quica puso un colegio en San Antonio y resultó magnífica profesora. Ella preparó a mi hermano Mancán cuando se lo trajeron de diez años para el seminario. Recuerdo que el día que se lo llevó papá para Ibagué todos llorábamos y que abuelita preparó variedad de bocadillos, amasijo muy especial para el comiso del futuro seminarista.

En el año 27 hicimos con Jorge II nuestra primera comunión el día de la fiesta del Carmen. A mi hermano mayor Angel le toco viajar a Chaparral a llevar los vestidos y otras cosas que se necesitaban para la fiesta de los niños.

Quica nos preparó fiesta infantil que creó fué la primera que se celebró en el pueblo. Me acuerdo que a Eustaquia la que hacía ollas, le compraron una grande medio desportillada para la piñata. La llenaron con flores dulces y sorpresas y armamos una algarabía de los mil diablos, cuando la rompió uno de mis amigos. En casa nos advirtieron que no nos metiéramos al montón porque nosotros deberíamos atender a nuestros amigos y que era mala educación que los dueños de casa cogieran los dulces y sorpresas. con Jorge creo que pusimos cara de cordero ahorcado viendo a nuestros amiguitos felices peleando por agarrar dulces y sorpresas. De los regalos que a mí me hicieron recuerdo los que más me gustaron; mi madrina de óleo (como decían), que era hermana de papá y que más quise; un relicario de

plata con su rosario, llevaba en la tapita grabada la imagen de la virgen del Carmen. Madrina..... y según decía mamá una de sus mejores amigas, una pulserita de oro; madrina Jesús (la chuza, como la mamacita) unos zapatos grises, con adornos negros, encargados especialmente a Bogotá, bueno yo me sentía pretenciosa y feliz porque no torcía los zapatos y me mandaban hacer boticas donde Quintanilla. El era bajito, gordo y cojo, y a mis hermanos les hacía los botines. Abuelita como no había acuñado me regaló un lindo baño esmaltado blanco, con su balde y desde luego la mica no podía faltar, lo mismo que la jabonera.

En todo caso lo pasé feliz y el recuerdo mas bello que conservo de niñez.

Como les contaba Quica puso colegio, pero yo como era menor, bastante consentida y muy apegada a mamá, solo vivía pendiente de las vacaciones para que me llevaran para San Jorge donde papá y mamá residían. Nosotros en San Antonio con Tatica. A la Quica se le agotó la paciencia con mi desaplicación y se dio por vencida. Entonces en castigo me pusieron en la Escuela Pública y allá tuve que marcar el paso, pues las varas de sauce y guayabo se las llevaban por paquetes de regalo a la maestra, unas de esas larnbons que en ninguna parte faltan.

Estando en la Escuela me dió una infección intestinal, luego sarampión y rematé con tifo, así que casi me lleva la pelona. Recuerdo que me levanté flaca como un zancudo y con unas atrasadas de cuarenta días pues en ese tiempo mas bien lo mataba a uno el hambre y no las enfermedades. Gracias a un médico Barros que vivió en San Antonio y a los pocos conocimientos médicos de papá quien con un librote de medicina grande, descubrió mi enfermedad y le telegrafió a Bogotá al médico y él con un propio que viajó expresamente a la capital, mandó fórmulas y drogas.

El día que yo pude caminar y tuve alientos para ir hasta la pieza de los baúles senti una gran tristeza al ver toda mi ropa diariamente planchada y toda arregladita. En un cajón grande me tenían acomodados todos mis juguetes y muñecas. Cuando pasó la convalecencia me llevaron para San Jorge y aún recuerdo los vasos de leche caliente al pie de la vaca con panela raspada y brandy. Papá casi siempre me acompañaba al corral y llevaba debajo de la ruana el brandy y decía que, si nó esos carajos de muchachos, son capaces de beberse el brandy de Fichis. Me daban mucho pollo, ponches, candiles, en fin, mi alimentación era especial. Me dieron una rapada tremenda y me salió el pelo muy crespo, cosa que yo siempre había anhelado pues era muy lisa. Yo me peinaba con baba de escoba y me lo pasaba bregando para encresparme. Que feliz cuando me peinaban y me hacían cachumbos. Después se me alisó el pelo.

Illegó el año 1930 y tía Rosario escribió pidiendo que le llevaran a su ahijada, que ella deseaba que la acompañara un tiempo.

Como yo era muy peliona con Tatica y Quica, resolvieron llevarme a Chaparral. Mi tía Rosario me matriculó en el mejor colegio que era el de la Señorita Soledad Medina quién había sido profesora de mi abuelita, mamá y Quica. Maravillosa pero muy brava. Como yo no aprendía las tablas un día me dió palmeta y me puso a marcar el paso. Allí estudiaban varios de mis primos y una de mis primitas se propuso hacernos clase y al fin de año yo iba con las mas adelantadas.

Llegaron las vacaciones de Julio y qué alegría volver a ver a mis papis y hermanos. Pasamos directamente a San Jorge pues todos estaban en la finca temperando (veraneando).

Yo llegué muy juiciosa y tía Rosario me había enseñado a hacer galletas, arepitas batidas, merengues y bizcochuelos. El día que amasaron batí merengues y fuéron un éxito.

A los pocos días llegó mi hermano del seminario y las vacaciones fueron estupendas. Cabalgatas a los ranchos de los arrendatarios y fincas vecinas. Los domingos por la mañana íbamos a bañarnos a la quebrada y qué almuerzo el que nos esperaba. Por la tarde nos íbamos para la Toma, un sitio precioso y cerca de la casa. Allí hacíamos el chocolate. Papá era especial para prender la candela y todos ayudábamos a traer leña. Mis hermanos nos hacían columpios con los bejucos que colgaban de los árboles. Por la noche papá tocaba tiple y con el futuro curita cantaban viejas canciones muy lindas. Otras veces contaban cuentos. Papá era muy simpático y ameno en su charla. Otras veces jugábamos parques, tute y tresillo.

Como hacía frío y a mamá le gustaba acostarse temprano yo aprovechaba para dormir en su cama al rincón. Ella era madrugadora y yo siempre me despertaba y en seguida estaba con ella. La sirvienta llamaba Mariana, toda catimba, pero recuerdo que su carate era algo especial: colorado, y daba visos azulosos como la espuma de chocolate. Tenía un hijo que llamaba Javier y papá le decía "Tenete". Apenas estaba el tindo, Tenete lo repartía y a mi me daban agua de panela con café (aguacafé).

Llegó el día de regresar al colegio y me mandaron con mi hermano Mincho. Mamá nos echó buen fiambre y almorzamos delicioso en "Pela Medios" a orillas del río Tetuán.

Mi tía Rosario feliz con mi regreso, me tenía barnizada mi cama y como había llegado tía Clemencia que vivía en Bogotá, me habían hecho toldillo nuevo. Tía me llevó de regalo una muñeca ojiazul y mi hermano Alfonso me la puso la polaca. Claro que me vine enguayabada de casa, pero yo era feliz en Chaparral pues los domingos me dejaban ir donde mis primos a jugar. Otras veces subían ellos donde mis tías y recuerdo que tía Rosario tenía una tienda de deliciosas golosinas y cuando llegaban se rascaba

la cabeza y decía: llegó la langosta, porque eran como quince los sobrinos que se le juntaban. Durante la estadía de la ~~hija~~ ^{hija} Clema lo pasamos muy bueno. Ella era muy estimada y estuvo visitadísima, así que cuando regresó tuvo que asitir a muchos almuerzos, comidas y onces y yo era su acompañante. También hizo muchas visitas de despedida y yo la acompañaba. Creo que talvez por esto yo sea tan decidida por las visitas. Llegó el fin de año, saqué magníficas notas y para el día de la clausura estrené un vestido muy bonito de crespón rosado pálido. Volví a vacaciones, las pasamos en San Jorge y yo ignoraba que ya me estaban alistando el equipaje para traerme a estudiar a Ibagué.

Mancan en las vacaciones me habló mucho de las Hermanas Vicentinas quienes atendían el Seminario, y de las Hermanas del Colegio de la Presentación y un día me preguntó si me provocaba ir a estudiar al Colegio de las Hermanas. Yo me puse feliz pues a Mancan lo querían mucho y él me decía que yo podría ir a visitarlo los domingos. Además a mi prima Elvira con quién habíamos estudiado en Chaparral se la llevaron para Cali a estudiar. Ahora comprendo, que en la casa deseaban que yo fuera religiosa, pero a mí aunque me provocó hacerme Vicentina, al crecer se me esfumó la vocación.

Recuerdo que mi viaje ocupó mucho a mamacita alistándome todo el equipo para el internado. En víspera del viaje me entró un guayabo enorme pero mamá que era de gran carácter y entereza no se daba por aludida de mis tristezas.

Llegó el día del viaje y con mi papá y Solita viajamos a Chaparral. Al día siguiente seguimos para Ibagué acompañados por nuestra prima Rosalbina, sobrina de papá. Al llegar a Ibagué nos hospedamos en uno de los mejores hoteles y pasé dos días haciendo las compras que me faltaban. A Mancan lo dejaron salir a pasarse una tarde con nosotros, precisamente el día que me internaron. Yo estuve muy valiente hasta el momento de la despedida pero apenas vi que se alejaban papá, mis hermanos y Rosalbina me puse a llorar con un desconsuelo tremendo. Las Hermanas fueron muy amables, me pasearon por el Colegio y me presentaron a las niñas que serían mis compañeras. Como a las 6 p.m. tocaron una campana y nos condujeron al comedor. Yo sentía atragantarme con cada bocado y como nos dieron dulce de durazno me guardé la pepa en el bolsillo del abrigo. Luego nos llevaron a la capilla donde rezamos el rosario. Nos dieron una hora de recreo pero todas estábamos enguayabadas y poco hablamos. A las 8 p.m. nos llevaron al dormitorio y una vez que me metí debajo de las cobijas me puse a roer la pepa de durazno y a llorar, pues yo era muy llorona. Me dormí muy tarde y al día siguiente a las 6 sonó la campana nuevamente. Después de bañarnos nos fuimos a la capilla donde oímos misa. Pasamos enseguida a desayunar y a las 8 entramos a clase. Me tocó en el salón con la Hermana Margarita del Rosario y éramos en ese grupo como 30 niñas.

Pronto me fui acostumbrando a la disciplina y con verdadera impaciencia esperaba se llegara el domingo para verme con Muncan. Al fin se terminó la semana y el domingo me dijo una de las hermanas que me arreglara para que fuera visitar a mi hermano. Yo feliz corrí y me puse uno de mis mejores vestidos, me peiné bien y en mi cartera tenía unos pesos que me dejó papá y yo pensaba gastar algunos comprando golosinas para llevarle a mi hermano. Qué cara la que puso la Hermana cuando me vió arreglada. Con suavidad me reconvino por usar el vestido alto y sin mangas. Me mandó a ponerme el uniforme de los domingos y yo sintiéndome como Santa de pueblo en Semana Santa salí cabizbaja y compungida, acompañada por Lucinda la portera, para el Seminario que quedaba a media cuadra del colegio. Allí me dejó la portera y cuando terminó la visita estaba esperándome. No sé, porqué, pero yo no me amañé en Ibagué y el clima me sentó mal. Cuando fui a vacaciones de Julio la familia de común acuerdo resolvió enviarme al año siguiente para Bogotá al colegio de la Enseñanza.

Alfonso, el hermano especial conmigo y a quién yo decía cuando pequeña mi niñerito, estudiaba en la capital y con él me enviaron a Bogotá. Llegamos a casa de la tía Clemencia y al día siguiente me llevaron al colegio. Naturalmente que esta vez la separación de la casa fue menos dura pero salí de las llamas y caí en las brasas. En ese colegio había únicamente requinterado, o sea, que entrábamos en Febrero y allí no daban vacaciones de mitad de año porque decían las monjitas que las niñas regresaban muy disipadas.

El colegio funcionaba en un antiguo edificio claustrado en la plazuela de San Agustín. Lo regentaban monjas de claustro y la disciplina era tremenda. Algo especial tenían esas monjas pero una no se aburría. Allí estudié tres años y después el edificio lo vendieron las monjas y trasladaron el colegio al edificio que construyeron en la Avenida de Chile.

ORDENACION DE MUNCAN

Pasaron los años y llegó el día de la ordenación sacerdotal de mi hermano. En nuestra familia que ha sido muy unida solo se hablaba y se pensaba en el viaje que haríamos todos a Ibagué. Papá vendió una hacienda en Roncesvalles porque tenía que llevarnos a todos. Fuera de eso viajaron mis tías, primas y familiares de Bogotá. Todo lo coordinaron muy bien y en le ferrocarril nos dejaron un vagón especial, luego ya podrán imaginarse cuántos viajaríamos. Nos hospedamos en le Hotel Colombia y lo pasamos estupendo. En Ibagué demoramos cinco días. Al día siguiente de la ordenación de mi hermano, fue San Pedro, fiesta tradicional de los tolimenses. Los paisanos residentes en Ibagué nos hicieron un paseo estupendo a Ambalá, con lechona, mur-

ga y hasta Campitos que allá vivía en esa época, animó la fiesta. Estuvimos felices y con Elvirita mi prima, compañera de estudios nos sentíamos muy importantes porque decían que estábamos muy célebres y fuimos muy admiradas. Nosotras éramos tremendas y le hacíamos pilatunas a todo el que podíamos para después desternillarnos de risa. Regresamos a Chaparral y celebró mi hermano su primera misa que fué todo un acontecimiento. Luego lo enviaron de coadjutor a la población de Purificación.

DE NUEVO A BOGOTÁ

Con Quica y de acuerdo a nuestros padres nos vinimos para Bogotá. Ella trabajaba en el Ministerio de Gobierno y yo comencé a trabajar en una oficina de copias de máquina y mineógrafo. Allí conocí a otra niña y a cada una nos pagaban \$10.00. Cuando las entradas eran buenas, con gran miedo cogíamos un peso y ella o yo íbamos a comprar onces. Como el sueldo era tan bajo creo que no cometíamos pecado alguno, o al menos, eso pensábamos las dos. En esa oficina conoció ella al que más tarde fué su esposo, pues daban clases de mecanografía y taquigrafía. De allá pasé a manejar una oficina similar pero ya con un buen sueldo, esa oficina era de una nieta del Dr. Miguel Antonio Caro. Qué persona tan encantadora e inteligente. Yo le aprecie mucho pero como estaba olvidando la taquigrafía me resultó un puesto en la compañía Fleishman Colombiana. Trabajé cerca de dos años pero el gerente era bastante cascarrabias, menos mal que no era colombiano. En ese tiempo se viajaba en tranvía que valía 10 centavos. Buses creo, habían solo unos pocos. El tal señor tenía su carro y llegaba a la oficina y se paraba a lucir su panza en la puerta de entrada. Yo creo que no fumaba sino mordía un enorme cigarro y chequeaba la entrada de los empleados. En realidad yo no me encontraba contenta y como por milagro y gracias a mi prima Elvira me resultó un puesto en la Caja Agraria. Allí encontré buenos jefes, magníficas compañeras y allí trabajé hasta cuando me casé. Aún recuerdo la despedida que me hicieron los compañeros de oficina. Conservo aún la tarjeta que me dieron con la firma de todos y el regalo que consistió en un lindo juego de neceseres para viaje.

En el año 45 murió papá en Chaparral y nos trajimos a mamá a vivir con nosotras a Bogotá.

VIAJE A CARTAGENA

Me case el 22 de Marzo de 1948 con Hector, oficial de la Armada. Nuestro matrimonio fué en completa intimidad en la Iglesia del Espiritu Santo. Pasamos una semana de "luna de miel" en el Hotel de la Ferrería, en Pacho y luego viajamos a Cartagena.

Yo podrán figurarse lo que fué para mí el separarme del lado de mamá y Quica para instalarme en tierra extraña.

La ciudad de Cartagena me pareció bella e interesante, algo muy diferente de todo lo que yo conocía. Llevábamos muy poco tiempo en Cartagena cuando estalló el famoso 9 de Abril.

Recuerdo muy bien que acabábamos de almorzar cuando un señor ecuatoriano tocó a la puerta y le avisó a mi marido que habían asesinado en Bogotá al Dr. Gaitán. Hector, al momento se puso su gorra y salió para la Base Naval. Yo me asusté mucho y a mi esposo no lo volví a ver sino hasta el día siguiente. Pasé una noche de diablos oyendo las noticias tan alarmantes que transmitían de Bogotá. Serían las 9 de la mañana cuando se presentó Hector en vestido de campaña y en un camión militar, pues lo enviaban para María la Baja, donde habían asesinado al Alcalde y a él lo nombraban para reemplazarlo. Llevaba a su mando tres suboficiales y veinte soldados. Yo me quedé en el colmo de la tristeza, me sentía completamente abandonada.

Mucho me reconfortó una llamada que me hizo el comandante de mi marido, el cual me prometió de que en caso de que estallara la revolución, como decía toda la gente, el se comprometía a hacerme trasladar al lado de mi mamá.

Como habían cortado las líneas telegráficas y telefónicas a María la Baja, yo no volví a saber de Hector hasta los dos días cuando me llegó una cartica en la que me decía que estuviera tranquila, que los habían recibido muy bien en el pueblo y que se hallaba muy bien alojado en el pueblo. El soldadito esperó hasta que yo le escribí y me dijo que continuamente estaría viajando a Cartagena, que alistara lo que quisiera mandarle al teniente. Esa misma tarde me puse a prepararle un ponqué que después se lo envié con unas frutas.

A fin de semana recibí una carta de Hector en que me decía que hablara con un matrimonio amigo y que el domingo mandaría muy temprano un carro para que nos llevara a visitarlo. Yo feliz me puse el sábado a alistar un maletín con alguna ropa pues llevaba la intención de quedarme al lado de mi esposo. Como a las seis salimos de Cartagena y a las siete estábamos en el Canal del Dique. Llegamos a María la Baja, con un desmayo al ver que el puesto militar funcionaba en un rancho pajizo, sin paredes, y eso era lo que me decía mi marido en las cartas, estar bien instalado.

Nos dieron de almuerzo, un delicioso sancocho de gallina. Como

A las cuatro llamó mi marido a Ballestas, el chofer y le ordenó alistar el carro para el regreso. Yo no me dí por aludida y cuando subieron todos al carro le dije a Hector que yo me quedaba. Me explicó que era imposible pues el dormía en una hamaca en una enramada y convinimos en que regresaría a Cartagena y que el mandaría a fines del mes de Abril y que como ya habían arreglado los teléfonos, nos hablaríamos para que entregara el apartamento en Cartagena.

Los muebles los guardamos en el Batallón y yo feliz hice mis maletas. Llegó el chofer Ballestas y me transportó a María la Baja. Hector consiguió una pieza en casa de Anténogenes Coronel, uno de los principales señores del pueblo. Anténogenes era bastante moreno y robusto, casado con la niña Cande (Candelaria). Tenían numerosos hijos y todos fueron muy atentos y bondadosos. La pieza era de cemento, en ella nos pusieron dos catres de lona y de las vigas colgaban varios costales llenos de semillas de arroz.

Yo encantada de estar al lado de Hector pero por la noche se metían los ratones y comenzaba una verdadera lluvia de cisco de arroz. Nosotros corríamos los catres de un lado a otro pues con el vaiven de las ratas se cernía como una especie de aserrín por entre los costales.

Por las tardes nos íbamos con Hector en la camioneta a visitar fincas vecinas. Había ganado cebú muy bien seleccionado que era una belleza. Los mangos estaban en plena cosecha y el ganado estiraba sus pescuezos para alcanzar los mangos. Con Hector nos dimos gusto comiendo mangos.

No hacía sino quince días de nuestra idílica y segunda luna de miel, cuando le ordenaron a Hector estar al medio día en el Canal del Dique para recibir una tropa que debería distribuir por Sabanas de Bolívar. Me mandó a Cartagena a casa de una familia de amigos y otra vez, despedida, suspiros y lágrimas.

Hector cumplió su comisión y se instaló en Magangué a donde me tocó viajar por primera vez sola en mi vida. Mis amigas me acompañaron al aeropuerto y yo sola en el avión me sentía como una hormiguita. Llegué al aeropuerto donde Hector me esperaba. Al día siguiente él amaneció con un ataque de amibas tremendo. Vino a visitarlo el médico, luego nos pusimos a charlar y cual no sería nuestra sorpresa y alegría cuando al despedirse me dijo que el malestar que yo sentía no era otra cosa que síntomas de embarazo. No se si sería sugestión pero desde esa noche comencé con unos vómitos terribles.

De Magangué conservo un vago recuerdo pues era tanto el calor que no nos provocaba salir.

Es la única parte donde he sentido la brisa como tromba caliente. Nos alojamos en casa de la familia de Fex pero ellos a causa del 9 de Abril, habían tenido que salir. En las noches nos visitaba don Honorato de Fex, persona culta y simpática. Como sabía que estábamos recién casados se ponía a recitarnos versos románticos y nos hacía pasar unas veladas muy amenas. Como nos quejábamos de demasiado calor don Honorato muy amable nos obsequio una botella Calmax. La visita que se despidió y mi marido que corrió al baño a untarse la loción salió feliz y ya me disponía yo a fricciónarme cuando Hector comenzó a carraquear y quejarse de demasiado frío. Yo me reía mucho pues lo único que teníamos eran las dos sábanas de la cama. Yo me desanimé y no use el Calmax.

Luego nombraron a Hector Alcalde militar de Sincelejo. Allá llegamos a fines de Mayo. Nos alojamos en el mejor Hotel que era el Tropical, de don Felix Gonzalez, casado con Dña Felicia, quien fué muy atenta y buena con nosotros. Nos visitaron muchas familias y la colonia Siria fué muy especial con nosotros. De esta simpática y acogedora población guardo gratísimos recuerdos.

Quica vino a visitarnos y se puso dichosa al saber que yo estaba encinta, pues yo no les había dicho nada en mis cartas. Hector me permitió llevar a Quica a conocer Cartagena y Barranquilla. Pasamos estupendo y al llegar a Sincelejo como ya teníamos muchas amistades no hacíamos más que pasear. Para despedirla fuimos un domingo a Tolu, cuando esa población era un verdadero paraíso. Creo que no tenía sino una calle principal a lo largo de la plaza y esta estaba sombreada por lindas palmeras. Donde la niña Narsa siempre almorzábamos y ese día creo que a todos se nos fué la mano en los traguitos, en fin pasamos estupendo.

Quica regresó a Bogotá al lado de mamacita, quien al saber que su nieto venía en camino se dedicó a tejer bellezas para mi hijo.

En Diciembre le dieron a Hector orden de trasladarse a Puerto Leguízamo. El sabía que por mi estado no podía llevarme pero no me dijo una palabra pues conocía lo llorona que era y por esto me llamaba Sarita García (artista mejicana, muy llorona). Cuando nuestros amigos se enteraron de nuestro viaje comenzaron a despedirnos y mis amigas me hicieron lindos regalos para el bebé. Se puede decir que para su ajuar fué muy poco lo que tuvimos que comprar. Comentando con Hector, hemos llegado a la conclusión de que esa temporada en Sincelejo fué la mejor de nuestra vida de casados. Cuando fuimos a recibir un jeep a Cartagena, nuestra primera jornada de regreso fué Sincelejo y directamente llegamos al Hotel Tropical. No encontramos a nuestros buenos amigos Don Felix y Dña Felicita. Desayunamos y al ir a tomar el baño, cual no sería nuestra sorpresa al ver que

una de las morenas que hacía la limpieza se vino feliz a abrazarnos gritando: si son el teniente Don Hector y su señora. El nuevo dueño no nos cobro nada y se empeñó que le aceptáramos la invitación para el almuerzo, pero como teníamos prisa de regresar, no pudimos aceptarle. Dedicamos dos horas para visitar nuestras amistades más queridas y luego de almorzar en casa de nuestra querida Chenda, continuamos nuestra marcha.

Hector pidió sus vacaciones y las pasamos con nuestros familiares en Bogotá.

A mediados de Diciembre viajó a Puerto Leguízamo y yo quedé con mamá y con Quica. El cinco de Enero de 1.949 nació mi hijo Luis.

En ese tiempo surgió el problema con el Perú a causa del asilo en nuestra Embajada en Lima, de Victor Raul Haya de la Torre. No fué por tanto posible que Hector viniera a conocer al niño y en Junio pidió vacaciones, vino a visitarnos a conocer a su chinito. El niño ya tenía cinco meses y al verlo, dijo: ¡Papá!, pero no volvió a llamarlo. Esto fué algo extraordinario y maravilloso. Bautizamos al niño y luego fuimos a pasear al Fresno y a Venizales. Luego seguimos para Leguízamo. Feliz por volver a estar al lado de Hector, pero nunca imaginé que la vida allá fuera tan dura. Viajaba solo una vez al mes un avión Catalina de la A.A.C. y cuando el río no tenía suficiente agua no podía acuatizar y entonces se devolvía a Tres Esquinas. El correo entonces lo despachaban en lancha de Tres Esquinas a La Tagua y de ahí en mula por trocha hasta Leguízamo. Como los aguaceros eran tan fuertes se mojaban las cartas y llegaban con la tinta corrida y así era imposible leerlas. Las verduras, frutas, etc. llegaban llenas de moho y todo iba a parar a la caneca de basuras. Por esto resolví decirle a mamá que no siguieran perdiendo dinero enviándonos encomiendas.

El niño comenzó a ponerse pálido y delgado, así que a principios de Octubre me tocó venirme con él a Bogotá. Al verlo el pediatra opinó que tenía anemia, lo puso en tratamiento y muy pronto se recuperó. Para navidad volamos nuevamente a Leguízamo y pasamos una navidad feliz con Hector y el niño.

Luego fué trasladado Hector a Cartagena.
.....